



Desde

12

años



EL PRICIPITO

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

TRADUCCIÓN DE BONIFACIO DEL CARRIL

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Título original francés:

Traducción de Bonifacio del Carril

Ilustraciones: Antoine de Saint-Exupéry

Ilustración de cubierta: Antoine de Saint-Exupéry

© 1946, Éditions Gallimard

© 1951, Emecé Editores S.A.

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3207-6

ISBN 10: 958-42-3207-X

Primera impresión: noviembre de 2012

Segunda impresión: diciembre de 2013

Tercera impresión: diciembre de 2014

Cuarta impresión: agosto de 2015

Quinta impresión: febrero de 2016

Sexta impresión: enero de 2017

Séptima impresión: diciembre de 2017

Octava impresión: febrero de 2018

Novena impresión: enero de 2019

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY (biografía)

Recordado sobre todo por su libro *El principito* (1943). Obsesionado con el mundo de la aviación, Saint-Exupéry formó parte de los primeros servicios postales aéreos del mundo, convirtiéndose en uno de los pioneros de los primeros años de los aviones. Trabajó para la sociedad Aeropostale francesa, tanto en Europa como en las colonias africanas. Durante esta época escribe diversos cuentos y también la novela *El aviador* (1926) y *Correo del Sur* (1928). La obra de Saint-Exupéry es claramente de origen autobiográfico aunque salpicada de ficción. Sus novelas de aventuras tuvieron gran éxito en toda Europa. Durante su estancia en África sufrió un accidente y se perdió en el desierto. Posteriormente, esa experiencia se trasladaría a *El principito*, historia que escribió durante su estancia en Nueva York al principio de la II Guerra Mundial. El 1943 vuelve a incorporarse al ejército y combate hasta el 31 de Julio del 1944, momento en que su avión desaparece frente a las costas de Marsella por causas desconocidas. En 1994 se recuperaron partes de su avión y en 2008 un piloto alemán reconoció haber derribado el aparato de Saint-Exupéry.

A LEÓN WERTH

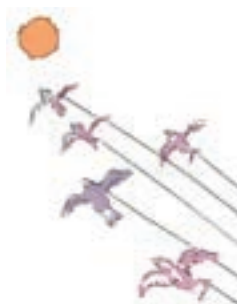
Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona grande. Tengo una seria excusa: esta persona grande es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona grande puede comprender todo; hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona grande vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero dedicar este libro al niño que esta persona grande fue en otro tiempo. Todas las personas grandes han sido niños antes. (Pero pocas lo recuerdan.) Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A LEÓN WERTH
CUANDO ERA NIÑO

ÍNDICE

II	13
III.....	18
IV	20
V.....	25
VI.....	30
VII.....	31
VIII.....	35
IX.....	39
X	42
XI.....	48
XII	51
XIII.....	52
XIV	57
XV.....	62

XVI.....	67
XVII.....	68
XVIII.....	72
XIX.....	73
XX.....	75
XXI.....	77
XXII.....	85
XXIII.....	86
XXIV.....	87
XXV.....	90
XXVI.....	95



Creo que, para su evasión, aprovechó una migración de pájaros silvestres.





Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el Bosque Virgen que se llamaba «Historias Vividas». Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera. He aquí la copia del dibujo.

El libro decía: «Las serpientes boas tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Luego no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión».

Reflexioné mucho entonces sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, logré trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:



Mostré mi obra maestra a las personas grandes y les pregunté si mi dibujo les asustaba.

Me contestaron: «¿Por qué habrá de asustar un sombrero?»

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas grandes pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas grandes me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y que me interesara un poco más en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue cómo, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera de pintor. Estaba desalentado por el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas y es cansador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones.

Debí, pues, elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones. Volé un poco por todo el mundo. Es cierto que la geografía me sirvió de mucho. Al primer golpe de vista estaba en condiciones de distinguir China de Arizona. Es muy útil si uno llega a extraviarse durante la noche.

Tuve así, en el curso de mi vida, muchísimas vinculaciones con muchísima gente seria. Viví mucho con personas grandes. Las he visto muy de cerca. No he mejorado excesivamente mi opinión.

Cuando encontré alguna que me pareció un poco lúcida, hice la experiencia de mi dibujo número 1, que siempre he conservado. Quería saber si era verdaderamente comprensiva. Pero siempre me respondía: «Es un sombrero». Entonces no le hablaba ni de serpientes boas, ni de bosques vírgenes, ni de estrellas. Me colocaba a su alcance. Le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona grande se quedaba muy satisfecha de haber conocido un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una avería en el desierto de Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor. Y como no tenía conmigo ni mecánico ni pasajeros, me dispuse a realizar, solo, una reparación difícil. Era, para mí, cuestión de vida o muerte. Tenía agua de beber apenas para ocho días.

La primera noche dormí sobre la arena a mil millas de toda tierra habitada. Estaba más aislado que un naufrago sobre una balsa en medio del océano. Imaginaos, pues, mi sorpresa cuando, al romper el día, me despertó una extraña vocecita que decía:

—Por favor...; ¡dibújame un cordero!

—¡Eh!

—Dibújame un cordero...

Me puse de pie de un salto, como golpeado por un rayo. Me froté los ojos. Miré bien. Y vi un hombrecito enteramente extraordinario que me examinaba gravemente. He aquí el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero seguramente mi dibujo es mucho menos encantador que el modelo. No es por mi culpa. Las personas grandes me desalentaron de mi carrera de pintor cuando tenía seis años y sólo había aprendido a dibujar las boas cerradas y las boas abiertas.

Miré, pues, la aparición con los ojos absortos por el asombro. No olvidéis que me encontraba a mil millas de toda región habitada. Además, el hombrecito no me parecía ni extraviado, ni muerto de fatiga, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto la apariencia de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de toda región habitada. Cuando al fin logré hablar, le dije:

—Pero... ¿qué haces aquí?



*He aquí el mejor retrato que, más tarde, logré
hacer de él.*

Repitió entonces, muy suavemente, como si fuese una cosa muy seria:

—Por favor... dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado impresionante no es posible desobedecer. Por absurdo que me pareciese, a mil millas de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una estilográfica. Recordé entonces que había estudiado principalmente geografía, historia, cálculo y gramática, y dije al hombrecito (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me contestó:

—No importa. Dibújame un cordero.

Como jamás había dibujado un cordero rehíce uno de los dos únicos dibujos que era capaz de hacer. El de la boa cerrada. Quedé estupefacto cuando oí al hombrecito que me respondía:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa y un elefante muy embarazoso. En mi casa todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Entonces dibujé. El hombrecito miró atentamente. Luego dijo:

—¡No! Este cordero está muy enfermo. Haz otro.

Yo dibujaba. Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:



—¿Ves?... No es un cordero; es un carnero. Tiene cuernos...

Rehíce, pues, otra vez mi dibujo.

Pero lo rechazó como a los anteriores:



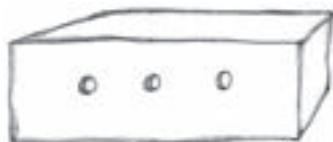
—Éste es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.



Entonces, impaciente, como tenía prisa por comenzar a desmontar mi motor, garabateé este dibujo:

Y le largué:

—Ésta es la caja. El cordero que quieres está adentro.



Quedé verdaderamente sorprendido al ver iluminarse el rostro de mi joven juez:

—¡Es exactamente como lo quería! ¿Crees que necesitará mucha hierba este cordero?

—¿Por qué?

—Porque en mi casa todo es pequeño...

—Alcanzará seguramente. Te he regalado un cordero bien pequeño.

Inclinó la cabeza hacia el dibujo:

—No tan pequeño... ¡Mira! Se ha dormido...

Y fue así cómo conocí al principito.

III

Necesité mucho tiempo para comprender de dónde venía. El principito, que me acosaba a preguntas, nunca parecía oír las mías. Y sólo por palabras pronunciadas al azar pude, poco a poco, enterarme de todo. Cuando vio mi avión por primera vez (no dibujaré mi avión porque es un dibujo demasiado complicado para mí), me preguntó:

—¿Qué es esta cosa?

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentí orgulloso haciéndole saber que volaba. Entonces exclamó:

—¿Cómo? ¿Has caído del cielo?

—Sí —dije modestamente.

—¡Ah! ¡Qué gracioso!...

Y el principito soltó una magnífica carcajada que me irritó mucho. Deseo que se tomen en serio mis desgracias.

Después agregó:

—Entonces ¡tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres?

Entreví rápidamente una luz en el misterio de su presencia y pregunté bruscamente:

—¿Vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me contestó. Meneaba la cabeza suavemente mientras miraba el avión:

—Verdad es que, en esto, no puedes haber venido de muy lejos...

Y se hundió en un ensueño que duró largo tiempo. Después, sacó el cordero del bolsillo y se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imaginaos cuánto pudo haberme intrigado esa semi-confidencia sobre los «otros planetas». Me esforcé por saber algo más:

—¿De dónde vienes, hombrecito? ¿Dónde queda «tu casa»? ¿Adónde quieres llevar a mi cordero?

Después de meditar en silencio, respondió:

—Me gusta la caja que me has regalado porque de noche le servirá de casa.

—Seguramente. Y si eres amable te daré también una cuerda para atarlo durante el día. Y una estaca.

La proposición pareció disgustar al principito:



—¿Atarlo? ¡Qué idea tan rara!

—Pero si no lo atas se irá a cualquier parte y se perderá...

Mi amigo tuvo un nuevo estallido de risa:

—Pero, ¿adónde quieres que vaya?

—A cualquier parte. Derecho, siempre adelante...

Entonces el principito observó gravemente:

—¡No importa! ¡Mi casa es tan pequeña!

Y con un poco de melancolía, quizá, agregó:

—Derecho, siempre adelante de uno, no se puede ir muy lejos...

IV

Supé así una segunda cosa muy importante. ¡Su planeta de origen era apenas más grande que una casa!

No podía sorprenderme mucho. Sabía bien que fuera de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, que tienen nombre, hay centenares de planetas, a veces tan pequeños que apenas se les puede ver con el telescopio. Cuando un astrónomo descubre alguno le da un número por nombre. Lo llama por ejemplo: «el asteroide 3251».